

El cubo como poliedro

Laura Pastor

*Pedagoga y educadora, becaria del
Departamento de Didáctica del IVAM*



Vista externa de la fachada del IVAM

Reportaje

El museo de arte contemporáneo, igual que la escuela, refleja en su interior nuestra cotidianidad actual. En la educación reglada o formal, a menudo nos preguntamos qué es antes, si la escuela o la sociedad, y las últimas tendencias que venimos observando nos dicen que es la escuela la que debe adaptarse a la sociedad, para a su vez crearla y transformarla. Lo mismo ocurre con el museo a través de la educación no formal. Pues entre la institución, la sociedad y las personas que lo habitan, confluyen distintas fuerzas e intenciones que generan movimientos de tensión y distensión, y es aquí donde nos encontramos las educadoras del museo: transformando los conflictos a los que el arte nos expone, en aprendizajes. De la mochila de cada persona salen las experiencias vividas, que se combinan y reajustan con los dispositivos creados por las mentes decisivas de la institución.

Si entendemos el museo como lugar de intercambio, de relaciones y de aprendizajes, deberemos revisar de dónde parten las distintas acciones y marcos creados. A la hora de planificar acciones educativas propias en el museo, tropezamos con estructuras marcadas que fueron decididas antes de nuestra llegada, que condicionan nuestro quehacer cotidiano, y en

cierta medida, deciden ahora por nosotras. Algunas de estas estructuras vienen de un diseño arquitectónico, una elección de obras a exponer o un discurso comisarial, que toman forma en un edificio con un concepto arquitectónico determinado, en una selección de obras artísticas, o en un foco temático preferente a tratar. Nosotras, las educadoras, solemos llegar tarde. Nuestra decisión se manifiesta mediante el diseño pedagógico y la mediación, con unas metodologías definitorias y una motivación particular en la interacción entre la visitante, el museo, la sociedad y la propia mediadora. Por su parte, la presencia del público toma forma a partir de su intencionalidad y razón de ser subjetiva. Aquí dentro nuestra labor se construye gota a gota, con un goteo constante.

Nadie se libra, pues sea cual sea tu papel en el museo te encontrarás que hay estructuras institucionales y funciones que vienen dadas o heredadas.

Más habitualmente de lo que debería, los equipos educativos, las mediadoras y el público nos encontramos en el rincón más olvidado. Esto nos lo podemos plantear desde varias perspectivas, pensando que no tenemos nada que hacer porque ya está todo dicho y hecho, o replanteando esas decisiones previas, a la vez que

nos hacemos oír y reivindicamos nuestra figura. Se pueden iniciar procesos de diálogo y visibilización, sacar potencialidades a los resultados de esas decisiones, aprovechar los errores y, lo más importante, empezar a cambiar el orden de prioridad de decisión establecido. Se trata de que las destinatarias y las expertas en la materia se encuentren, que no haya arriba y abajo. Se trata de arriesgar con un museo que parta de las necesidades reales del público, de escuchar para programar. Esto es posible si revisamos las observaciones y reflexiones de la atención al público, del personal de recepción y de salas, del equipo educativo y de mediación, de comunicación, o de actividades culturales, en definitiva, de las y los asistentes al museo. Así, permitimos que las presentes no sean sujetos pasivos sino activos, agentes generadoras de contenidos.

Según indica Jaume Trilla en su libro *La Educación fuera de la escuela* de 2003, la educación no formal es: «el conjunto de procesos, medios e instituciones específicas y diferenciadamente diseñados en función de explícitos objetivos de formación e instrucción, que no están directamente dirigidos a la provisión de los grados propios del sistema educativo reglado.»

«No ofreceremos el mismo tipo de actividad a una persona turista que viene unas horas al museo que a una persona residente del barrio.»

Desde los departamentos de educación de los museos no podemos seguir repitiendo el modelo de industrialización escolar, y menos en el momento actual en el que nos encontramos, en el que la educación formal lucha por desatarse de unas estructuras limitantes y anacrónicas. Un buen ejemplo de esta ruptura es el taller educativo *Perdent les formes* que se desarrolla en el IVAM (Instituto Valenciano de Arte Moderno), una pérdida del esquema tradicional de la educación artística, donde las participantes no se llevan una manufactura sino una vivencia de experimentación espacial, ligada a la instalación lumínica, con partida en la obra de James Turrell *Porterville* (2004) en la exposición *La Eclósion de la Abstracció. Línea y color en la colección del IVAM*.

Seamos conscientes del valor y capacidad que tenemos: contar con grupos multiedad, desarrollar intervenciones con distintos colectivos, eliminar ritmos uniformes de aprendizaje, permitir horarios flexibles, vivir las exposiciones como escenarios de aprendizaje, contextualizar y descontextualizar el proceso de enseñanza-aprendizaje, o entablar relaciones de horizontalidad, enriquecernos humanamente de nuestra diversidad.

En los museos de arte contemporáneo, con la educación no formal, damos voz a toda la población a través del arte de hoy. Tratamos de hacerlo lo mejor posible, con cada gesto de cada acción que llevamos a cabo, a través de la observación, la escucha, la proximidad y el respeto, a través del cuestionamiento de nuestro presente.

Queremos conocernos a través de las obras, de las artistas y los espacios, mediante las visitas dinamizadas, diálogos, encuentros, talleres, acciones, formaciones, y con la infinidad de actividades que surgen y evolucionan en el transcurso de la institución. Podríamos pasar del binomio arte-vida, al trinomio educación-arte-vida.

Y no es fácil; la tarea educativa en los museos es un trabajo de batalla, pero nos queda todavía el juego, el juego de palabras. Si cerramos los ojos y pensamos en las palabras «conservar» y «educar», hay kilómetros de distancia que las separan, pero si pensamos en la palabra «curar», nos unimos, y empezamos a tejer un hilo que nos acaricia, que conecta con el cuidado del arte, de lo humano, de las personas con el arte. Tal como aprendí y transmito en el IVAM, aquí dentro solamente hay dos normas: respetar el espacio (y en él las obras) y respetar a las personas (todas las que allí nos encontramos sin distinción).

Tiempos: para pensar

La de veces que nos hemos preguntado cuánto tiempo tenemos o cuánto tiempo nos queda para desarrollar la actividad. A menudo nos encontramos que hemos seguido formatos heredados, para dar un servicio que no satisface ni a la persona mediadora ni a la persona destinataria, por no tener tiempos humanos, tiempos de desarrollo, por no pararnos a pensar. Preguntémosnos a la hora de diseñar una actividad con qué distintos ritmos nos vamos a encontrar, respondámonos en esta infinidad de opciones,

ofrezcamos propuestas flexibles, que bailen a distintos ritmos. Tengamos un guion para poder saber cómo y cuándo movernos con la saeta del reloj.

Necesitamos tiempos de calidad para poder ofrecer una atención focalizada en la contemplación de la obra, (y por ende, en su comprensión y estima), en la toma de decisiones del público, (una participación real), en la construcción de vínculos, entre las personas del grupo, en el museo y su entorno, relacionando lo que ocurre entre el interior y el exterior del museo.

A veces parece que nos encontremos en el fin del mundo, el fin de los tiempos. Vamos de aquí para allá con la idea del «corre, corre, que no llegamos», y aunque la percepción del tiempo es relativa, la vivencia de las prisas es contagiosa. Respiramos una sociedad taquicárdica. Tal vez debamos pararnos a mirar hacia fuera, desde dentro, cuestionándonos en qué marcha estamos viajando: ¿hacia dónde nos dirigimos? ¿qué nos mueve?

La complejidad y riqueza de las personas y de los grupos que visitan el museo, se observa en las diferentes cadencias que manifiestan. Por este mismo motivo, debe haber actividades más intensivas y más extensivas, las primeras sembrarán semillas, las segundas crearán lazos. No ofreceremos el mismo tipo de actividad a una persona turista que viene unas horas al museo que a una persona residente del barrio. Podemos ver los talleres *Espais (in)acabats* desarrollados en el IVAMlab. Laboratorio urbano del IVAM, por David Estal y Miquel Àngel Baixauli, que se desarrollaron en interacción con el IES Barri del Carme, el centro educativo que

Proyección resultante de la combinación de los materiales con la luz del retroproyector del rincón Explosión de color del taller *Perdent les formes* del IVAM



Sesión de los talleres *¡Esto no es arte!* destinada a jóvenes de entre 12 y 16 años de edad coordinados por Beatriu Codonyer.



Sesión de la Cátedra de Estudios Artísticos con la presencia del director del IVAM Jose Miguel G. Cortés, Joan Vicente Aliaga, Beatriz Colomina, y Vicente Sánchez Biosca.





Niña visitante del museo sorprendiéndose y explorando sobre la instalación tiempo-espacio creada por las participantes del grupo *SinergiesLab*.



Las participantes del grupo *SinergiesLab* debatiendo en la sesión sobre el espacio.

se encuentra junto al museo, trabajando los espacios colindantes de ambas instituciones, de instituto a instituto y tiro porque me toca.

Si lo que queremos es centrarnos en los formatos de proximidad, apostaremos por actividades de proceso, en las que las personas se desarrollen con el museo, al compás. En este punto, se sitúa la *Càtedra d'Estudis Artístics*, dirigidas por Juan Vicente Aliaga y Vicente Sánchez-Biosca, los talleres *¡Esto no es arte!* de Beatriu Codonyer, *SinergiesLab. Grup d'investigació sobre processos creatius, el I, II y III Curso Entender el arte, o FESTIU*, entre otras.

Pero, ¿qué es un museo de arte contemporáneo? Pues, puede ser una burbuja, una reproducción de la sociedad o su revulsivo, un hábitat, una escuela, un templo meditativo, un espejo o lo que tú quieras.

Cuando fuera llueve, el museo es un refugio, cuando el alumnado hace una salida la sala es un aula, cuando los niños/as suben por el montacargas se convierten en obras de arte. Y aquí está la cuestión, tenemos una vibración propia que hace que cada espacio del museo, cada exposición, cada sala, cada obra, cada artista, sean de distinta interpretación y vivencia. Hablamos de ser tolerante con la subjetividad de los tiempos dentro del museo.

Espacios: para movernos

Dentro del museo, la distribución de las galerías, de las obras, de los textos, de las luces, condicionan nuestros desplazamientos, y nuestras percepciones. El silencio de nuestros pasos se detiene según múltiples factores, como el número de personas que hay en la sala, las que somos, la distancia de los cuerpos o los límites de nuestro cuerpo con las barreras físicas espaciales.

Necesitamos que nuestra parcela personal esté preservada, para poder estar en silencio, para poder disfrutar, para poder tener una introspección, para que nuestro cuerpo y la obra se encuentren, pero también necesitamos espacio para poder iniciar un

diálogo entre nosotras, para poder expresarnos y en ocasiones para tener una intimidad al compartir nuestras miradas y vivencias despertadas. A veces, para poder asimilar lo experimentado necesitamos rincones de pausa y descanso. Incluso en ocasiones necesitamos gritar, silbar, correr o reírnos a carcajadas. Además, pensando en nuestra permanencia temporal en el territorio museístico, necesitaremos un lugar de vínculos, referencia, acogimiento, y transformación, que suponga nuestra particular apropiación.

Si buscamos en el museo, podemos localizar microespacios destinados específicamente para una acción concreta (espacio-taller, biblioteca, sala de lactancia, salón de actos, etcétera), o grandes espacios con pequeños rincones que invitan a desarrollar determinadas acciones, como son sofás para descansar, pantallas para mirar sus imágenes, cajetines con folletos informativos, mesas para detenerse a mirar o sillones para sentarse. Los formatos espaciales dependerán del tipo de instalaciones con las que contemos y del tipo de actividades que desarrollemos. En el diseño espacial, sin duda las necesidades básicas, fisiológicas y perceptivas deberían estar cubiertas.

Si salimos, fuera también podemos encontrar el museo, pues aunque físicamente se sitúe en su edificio, puede extenderse y tomar otras formas, en centros educativos, espacios culturales, centros de intervención social, o la calle. Se puede desenvolver mediante la salida de recursos personales (externas o del equipo educativo del museo) o materiales (herramientas educativas). Deberíamos ser conscientes de nuestra corporeidad en el museo, tanto dentro como fuera, y de nuestro vínculo emocional con sus distintos recovecos.

Personas

Cada persona es única, por eso es importante escuchar las necesidades de cada una que viene al museo, antes de

que venga, cuando está y cuando se va.

Es imposible programar y diseñar para todas y cada una de las personas, pero por suerte los deseos de los distintos sujetos en el museo a menudo coinciden. Se trata de mantener esa diversidad y flexibilidad, con una metodología y sistemas propios que recojan, de la manera más accesible y menos burocrática posible, las inquietudes de las personas que habitan, reciben o crean extensiblemente el museo.

Lo que sí que es posible es que el personal del museo, se replantee la motivación de sus tareas, que parta de una vivencia humana, desde la suya propia hacia la del otro/a. Para ello se requiere una sensibilidad, una concienciación y una formación para tal fin. No todo vale, no todo el mundo sirve.

Respecto a los grupos será clave trabajar codo con codo con las personas de referencia: profesorado, guías o adultas, de tal manera que nuestra tarea tenga una propagación en los distintos núcleos de la agrupación. De ahí, la importancia de planificar actividades previas y posteriores a la visita al museo, de hacer un seguimiento de su calado y significatividad, ligada al contexto de pertenencia.

Antes de desarrollar una actividad educativa o cultural, deberíamos averiguar por qué la hacemos, y para quién la hacemos; debemos preguntarles a las visitantes y a nosotras mismas qué necesitamos. Consideremos la madurez, los conocimientos, experiencias previas y los intereses de la persona. Sepamos que hay tantas maneras de vivir el museo como habitantes hay en la ciudad.

Abramos el cubo, rompamos su hermetismo, permitámonos ver las distintas caras del poliedro.

Mientras, sigámonos preguntando cómo vivimos el museo y cómo lo compartimos: ¿entramos?

Las fotografías han sido cedidas por el IVAM © IVAM Institut Valencià d'Art Modern, Generalitat.